



Nueva Antropología

ISSN: 0185-0636

nuevaantropologia@hotmail.com

Asociación Nueva Antropología A.C.

México

Paré, Luisa

Reseña de "La moitié du ciel (el movimiento de liberación de las mujeres en China)" de Claudie Broyelle

Nueva Antropología, vol. I, núm. 1, julio, 1975, pp. 99-105

Asociación Nueva Antropología A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15900106>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reseñas bibliográficas

Claudie Broyelle, *La moitié du ciel* (el movimiento de liberación de las mujeres en China).*

Por ser el presente año, el año internacional de la mujer, tiene especial interés un libro fundamental acerca del papel de la mujer en la sociedad china. Este libro fue publicado en Francia hace ya dos años; pero, desgraciadamente, apenas está en proceso de traducción en México.

En noviembre de 1971, un grupo de obreras, empleadas, campesinas y estudiantes, todas ellas participes en la lucha por la liberación de la mujer en Francia, viajaron a China con el fin de conocer la situación de la mujer en ese país. En su extraordinario libro, Claudie Broyelle explica las condiciones estructurales de la esclavitud femenina, y cómo superar las concepciones burguesas de los movimientos de emancipación occidentales; empieza por una crítica de la feminidad, para llegar a una crítica de la sociedad en su conjunto.

En la mayoría de los países en donde existe un movimiento de liberación de la mujer (MLM), ésta tiene derecho a votar, de contracepción, hay divorcio, dispone de numerosos aparatos mecánicos para el trabajo doméstico, etc., por lo que los gobernantes se preguntan: ¿Que más quieren las mujeres? Se les ha dado todo. Precisamente, replica Claudie Broyelle, nos han dado todo lo que el capitalismo podría darnos... ¡y es tan poco!

Todo MLM carece de sentido si no parte del postulado de que la división de tareas que excluye a la mujer de la producción confinándola en el hogar, es una consecuencia de la estructura social. Por ello, la participación plena de la mujer en el trabajo social constituye la primera para su emancipación del trabajo doméstico, la cual no se

* Denoel Gothier, París, 1973.

consigue mediante lavadoras y secadoras automáticas, o teniendo suficiente dinero para encomendar el cuidado de los niños a la servidumbre, que es una forma subdesarrollada de automatización. No deja de ser absurdo reclamar el derecho al trabajo, tratándose de un trabajo enajenado, sujeto a la explotación capitalista.

En China, después de la liberación de 1949, muchas mujeres se incorporaron a la producción; sin embargo, para 1966, antes de la revolución cultural, más de la mitad de las mujeres en Shanghai había abandonado sus ocupaciones para volver a casa. La propaganda que hiciera Lui Chao Chi en favor del "regreso al hogar" no basta para explicar este retroceso; según la autora, es necesario buscar las causas en la organización misma del trabajo: "En tanto la producción sigue teniendo una organización capitalista, respetando y profundizando la separación entre el trabajo intelectual y manual, atendiendo a criterios de ganancia y rentabilidad, . . . ofreciendo sólo estímulos materiales, entonces los menos educados, y en particular las mujeres, son los más oprimidos".

Si gran parte de las mujeres chinas fueron convencidas de las ventajas de regresar a su cárcel hogareña, se debió a que en las fábricas, las formas de control y de organización seguían siendo de tipo burgués. (La autora se pone de parte de la corriente política de la Revolución Cultural).

En muchos países, principalmente en los subdesarrollados, la escasez de fuentes de trabajo elimina la participación femenina en la producción, de no ser como mano de obra barata que sustituye la fuerza de trabajo masculina.

Después de 1958, siguiendo la consigna del presidente Mao, para las mujeres de: "contar con nuestras propias fuerzas, desprendernos de las tareas domésticas y participar en las actividades productivas y sociales"; levantaron muchas pequeñas fábricas de barrio.* En la lucha por la creación y progreso de estas fabriquetas, se plantearon el problema del trabajo en el hogar, creando restaurantes, guarderías, servicios sanitarios; y, sobre todo cambiando la actitud de los hombres hacia los servicios que seguían siendo asunto doméstico. Además, los problemas encontrados en la producción, llevaron a las antiguas amas de casa de nuevo a la escuela.

Otro aspecto importante de estas fábricas ha sido el de haber reforzado los lazos entre la producción y los consumidores, que habían sido rotos por el capitalismo. Esto no solamente ha permitido orientar la producción hacia las necesidades concretas de las masas, liberando a las mujeres de muchas tareas domésticas; sino que, al hacer partícipes a los obreros en el desarrollo de las fuerzas productivas, ha posibilitado que tengan en sus manos el control de ella.

¿Cómo podría la clase obrera ejercer su poder si no tuviera un

* Como las trabajadoras de material médico de Tchaouyau, en Pekín.

conocimiento global de la producción, si estuviese “dominada por la técnica”? El fundamento de la liberación de la mujer (y del hombre) está en que toma parte efectiva en el poder; por haber adquirido, a través de la transformación de la producción social, un conocimiento profundo de la sociedad.

La mujer ha sido la primera que se ha beneficiado con los cambios en las relaciones entre obreros e intelectuales; las mujeres siempre habían efectuado trabajos manuales, no sólo por haber sido privadas de educación, sino también porque la situación familiar les impedía adquirir una visión global de la sociedad. La autora destaca el papel de vanguardia que ha desempeñado la mujer campesina en la revolución china, como consecuencia de dos aspectos característicos de su posición en la sociedad tradicional: la situación de inferioridad respecto del hombre; y el conocimiento de las limitaciones del horizonte familiar.

Por otra parte, una concepción de igualitarismo absoluto ha llevado a algunos hombres a pretender trasladar las relaciones de explotación a las mujeres, argumentando que “a igual trabajo, igual salario”, sin tener en cuenta que la capacidad física femenina es inferior. Este criterio ha sido refutado ampliamente por el diario “Bandera Roja”, a lo largo de los años 1971 y 1972; demostrando que la fuerza o debilidad físicas no pueden ser tomadas por pretexto para justificar una diferencia en la remuneración de hombres y mujeres. Las normas para fijar la remuneración de un trabajador deben justificar tanto la calidad, como la cantidad del trabajo efectuado; así como la mayor o menor contribución que éste representa para la producción socialista.

El problema de la socialización del trabajo doméstico implica necesariamente la destrucción de la función económica de la familia. La solución soviética significó que las tareas en el hogar fueran ejecutadas por personas especializadas para quienes las faenas de limpieza no son menos fastidiosas, en China, la solución ha sido radicalmente distinta: no es el estado sino la sociedad, la que encarga estas tareas, las cuales no esclavizan a nadie, si cada quien asume parte de ellas.

La liberación de las mujeres de los quehaceres domésticos fue posible gracias a la cooperación entre las personas de todas edades, desde niños hasta ancianos, y de ambos sexos, sin discriminación*. Las mujeres chinas pudieron lograr esto porque se habían transformado en una fuerza política... “Es fácil dejarse servir por una mujer sumisa, silenciosa e ignorante; pero es difícil rehusarse a lavar el piso cuando la mujer acaba de dirigir la palabra a todo el pueblo y tiene el coraje de enfrentarse a los campesinos ricos”... etc.

Para dar una idea más concreta de la manera como se han solucionado gran parte de los problemas hogareños, Claudie Broyelle y su grupo visitaron un barrio obrero en Shanghai. Allí se encuentran

* Aún antes de que alcanzara un desarrollo de la técnica y la mecanización.

restaurantes y guarderías, tanto en la fábrica misma, como en el barrio; talleres de reparación de ropa y de aparatos domésticos donde se integran a la vida social jubilados y ancianos.

Al colectivizarse el trabajo que se ejecutaba en el hogar, se hizo evidente que éste era como cualquier otro y dejó de ser despreciado. Funcionando como una unidad de producción más, los equipos de barrio participan masivamente en la vida política.

La transformación de los quehaceres domésticos en China presenta dos modalidades: la socialización fuera de la estructura familiar y la cooperación en el seno de la familia para las tareas no susceptibles de ser colectivizadas. La reeducación de los hombres en el trabajo doméstico se vuelve una cosa natural cuando este trabajo ya no se desperdicia, ni se identifica como "algo femenino".

En una tercera parte de su libro, Claudie Broyelle aborda el tema de la socialización de la función maternal, consistente en descargar a la madre del cuidado *constante* de los niños pequeños.

La burguesía francesa trata de frenar el desarrollo de la educación del niño en colectividad, a favor de las "guarderías a domicilio", porque amenaza con erosionar el poder y la estructura del aparato familiar. La guardería es una solución parcial al problema de la mujer, por los inconvenientes de su funcionamiento (horario, rechazo de niños enfermos, etc.) y, sobre todo, por la contradicción con la ideología dominante que pregona que la madre es irremplazable al lado del niño. Para que, el mandar a su hijo a una guardería, deje de significar el desgarramiento para la madre, se requiere que los niños no sean para ella su única razón de vivir. Además, las guarderías serán los lugares apropiados para la socialización de los niños cuando no estén en manos de especialistas que reproducen las normas ideológicas de la sociedad burguesa; serán centros organizados por las madres mismas (y, por que no, por los padres también).

Las guarderías chinas obedecen a una concepción muy diferente de la soviética, sintetizada en la idea de "nacionalización" del niño (Lilina Zinoviev y de Kollontai). Aquéllas siguen, la concepción de Krupskaja (la mujer de Lenin). Quien sostenía que: "los niños no pertenecen ni a sus padres, ni al estado, sino que son dueños de sí mismos". Es la sociedad en su conjunto, cada uno de sus miembros. Y no el estado, la que es responsable de su formación física, intelectual, moral e ideológica.

Lo singular de las guarderías chinas es su ubicación dentro o cerca de los lugares de trabajo; lo que, por una parte, responsabiliza de sus problemas a todos los trabajadores; y, por otra parte, socializa al niño en un ambiente de trabajo colectivo. Otro aspecto importante es que los niños son integrados a la sociedad en plan de igualdad; sus juegos tienen un sentido y una utilidad concretos, ya sea en la producción, ya sea en el conocimiento de la realidad, en vez de corresponder a un mun-

do de fantasía (en donde no hay contradicciones, ni lucha de clases).

Según la autora, la liberación de las mujeres exige una nueva concepción de la educación de los niños, basada en relaciones de igualdad entre adultos y niños, que permitan a estos últimos plena participación en las actividades sociales. En tanto los niños permanezcan como "menores", las mujeres serán oprimidas.

Si para liberar a la mujer del niño se requiere liberar primero al niño, entonces hay que transformar la escuela: ésta debe abrirse a la sociedad y tomarla como materia de estudio. En comparación con las escuelas francesas, resalta una concepción distinta del trabajo y del juego; mejor dicho, en China se borran los límites entre uno y otro, en la medida que el trabajo deja de ser opresor y enajenante. En la sociedad capitalista, los juegos, según Broyelle, tendrían la misma función que el arte destinado a las clases populares: "permitir escapar, en un sueño, de la condición infantil"; en China, los niños no tienen esa necesidad, ya que el mundo es también suyo.

La participación de ellos en faenas escolares, en la producción, en la crítica y autocrítica, etc... tiene como consecuencia romper los lazos de dependencia con sus padres; si bien los niños están a su cargo en lo material, no son los únicos responsables, relativizando así la "autoridad familiar" que suele ser bastante arbitraria.

Después de la descripción de la socialización de los niños, de las tareas domésticas y del papel de la mujer en la producción, el lector llega a preguntarse: ¿Y la familia, en China existe?" Si se entiende por "familia" la sumisión de la mujer al marido, su confinamiento en el hogar, la autoridad absoluta de los padres sobre los niños, como unidad cerrada sobre sí misma, de esta "familia" no queda gran cosa. Pero a la vez existe en China la familia como pareja estable, monogámica sin otras experiencias sexuales, que vive con sus hijos, etc. Para entender la paradoja de una familia aparentemente tan tradicional en un movimiento revolucionario, hay que hacer un poco de historia.

En la China feudal, no había solución para las mujeres, tanto por las costumbres tradicionales, como por la presión del sistema económico. A pesar de numerosas revoluciones campesinas, las mujeres nunca pudieron encontrar, otro recurso. No fue sino hasta la aparición del proletariado cuando se abrió un camino para millones de mujeres; por esta razón, el movimiento de liberación de la mujer está estrechamente ligado con la Revolución.

Desde que se expidió la ley sobre el matrimonio en 1950, se modificaron fundamentalmente las relaciones entre hombres y mujeres. Se prohibieron la bigamia y el concubinato, así como el matrimonio antes de los 18 años. Pero las leyes no bastan para transformar las costumbres: necesitan ser acompañadas de cambios en las funciones de la familia. La reforma agraria dio un golpe mortal a las antiguas estructuras familiares. Pero la lucha no era sólo en contra de la familia feudal,

sino también en contra de la familia burguesa; y ésta empezó a desintegrarse con la colectivización. Según la autora, el llamado revisionismo de "regreso al hogar", en realidad, fue un intento de socavar las bases de la colectivización.

A pesar de todos los adelantos aquí señalados, no se ha logrado aún una absoluta igualdad entre ambos sexos, como lo revela la cantidad inferior de mujeres en puestos de dirección. Esta inferioridad no sólo se basa en cuestiones ideológicas, en ideas heredadas del tiempo pasado, sino que también tiene bases materiales. Claudie Broyelle sostiene que la presión no ha desaparecido del todo, dado que durante la fase socialista subsisten todavía relaciones de producción capitalistas en la sociedad; a pesar de que el proletariado en el poder haya decretado la abolición de la propiedad capitalista de los medios de producción.

Lo que distingue al hogar chino del hogar en los países capitalistas es que no necesita constituirse en un refugio frente al trabajo enajenado: la máxima satisfacción humana, idealizada, etc., sino que se trata de una colectividad, entre otras, abierta a la sociedad y en simbiosis con ella.

La manera como la familia (y no el estado con su cuerpo de especialistas) se hace cargo de los ancianos y de los huérfanos nos revela la nueva dimensión de la familia china. No obstante, de que los ancianos tienen una pensión que les permite vivir solos (los obreros jubilados reciben como pensión el 80% de su salario) están integrados a las nuevas generaciones. Los viejos no creen estar al margen de la edificación del socialismo. Aún cuando no "necesiten trabajar para vivir", ocupan de 2 a 4 horas al día en los talleres de servicio, en las guarderías o en las escuelas, comunicando a los jóvenes sus experiencias en la lucha por la liberación.

No existen orfanatos en China, porque se considera que en una sociedad revolucionaria las desgracias particulares, los accidentes de la vida privada, deben ser resueltos por la solaridad de clase, por la fuerza de los sentimientos revolucionarios, y no por un aparato administrativo. Sobre esta base, los huérfanos se incorporan a otra familia, ya sea de parientes, ya sea de vecinos.

Finalmente, Claudie Broyelle aborda un problema muy discutido: la sexualidad en China. No es fácil explicar la aparente contradicción entre el proceso revolucionario y el "puritarismo" sexual que prohíbe las relaciones sexuales antes premaritales, retardándolas con una persona del sexo opuesto hasta los 25 o 28 años. Algunos ven en estos comportamientos una represión que va en contra de las necesidades naturales.

Entendiendo la sexualidad en sentido amplio, como todas las relaciones alrededor del vínculo sexual entre hombres y mujeres, la autora argumenta que no existe ninguna sexualidad "natural", sino que siempre está determinada naturalmente. ¿Será natural que en la sociedad feudal el hombre se apropie de las mujeres para su placer, aun cuando

sea sin su consentimiento? ¿Que en las sociedades primitivas exista la poligamia? ¿Que en la sociedad capitalista la mujer tenga que llegar virgen al matrimonio? etc. En nuestra sociedad, la sexualidad se ha vuelto una mercancía que se compra y se vende como otras, y que también se destruyeron el consumo. Cuando el trabajo ya no tiene otro significado que su valor en salario, la sexualidad se convierte en una manera particular de escapar de la sociedad a través del consumo sexual; un hombre enajenado y una mujer sometida no pueden evitar reproducir en su vida privada los papeles que desempeñan en la sociedad: una relación de dominador y dominado.

Lo que no plantea a fondo, ni critica suficientemente la autora, es la represión de los instintos sexuales que se desarrollan desde la adolescencia y no pueden resolverse tan sencillamente por "espíritu revolucionario". A pesar de su gran entusiasmo Broyelle señala que el problema de la sexualidad no está bastante discutido en China, y prefiriendo criticar la sexualidad burguesa.

Frente a la disyuntiva "matrimonio" o "unión libre", se ha optado por el "matrimonio", considerando que, siendo una relación de dos seres libres, no tiene que ver con la institución reaccionaria (matrimonio burgués) basada en la dependencia económica de la mujer.

En cuanto a las causas del matrimonio tardío, la autora se inclina a creer que permite a las mujeres adquirir, entre los 16 y 26 años, la experiencia y responsabilidad necesarias, como para imponer sus derechos de igualdad, por otra parte, la experiencia adquirida por la juventud, y en conocimiento de la sociedad, ha hecho posible que redefina el valor de la familia y del amor, en la medida en que las mujeres han logrado incorporarse a la sociedad.

Concluye Broyelle: "...todas las opresiones de las cuales somos víctimas (las mujeres) son consecuencia del sistema social de explotación; en nuestro caso, del capitalismo, no habiendo salida para las mujeres fuera de la revolución. En efecto, las mujeres son solidarias del proletariado, no como un "apoyo" o como una "alianza" desde afuera, sino como se dice de los eslabones de una misma cadena: que son solidarios los unos con los otros".

Luisa Paré